

lidad. Los que sin genio se meten á decidores, hacen un papel enfadosísimo. No hay cosa más insulsa que un hombre que por imitación y estudio se empeña en ser gracioso. Logra en parte lo que pretende, que es hacer reír á los demás; pero él mismo es el objeto de esa risa. Si hay un hombre en el pueblo, celebrado por sus gracias y buenos dichos, otros veinte ó treinta quieren imitarle y competirle. ¡Conato inútil! Nunca pasarán de un irrisible remedo. No quieren acabar de conocer los hombres, que en esta y otras muchísimas prendas, casi todo lo hace la naturaleza. De esta falta de consideración viene el casi universal empeño de imitar los menos dotados de la naturaleza á los que ven aventajados en algunas apreciables cualidades. La ponderada semejanza entre el hombre y el mono, hallo que es mayor, empezando la comparación por el hombre. Pondérase, digo, que en la Asia y en la África se hallan algunos monos que parecen hombres. Y yo pondero que en la África, la Asia, Europa y en todas partes, hay muchos más hombres que parecen monos. Sonlo, en efecto, unos de otros. No hay original alguno excelente en nuestra especie, de quien no se saquen innumerables copias, pero copias que no pasan de mamarrachos.

§ XV.

Ostentacion de el saber.

La ciencia es un tesoro que se debe expender con economía, no derramarse con prodigalidad. Es precioso poseído, es ridículo ostentado; pero bien apurada la verdad, se hallará que nunca le poseen los que le ostentan. Sólo los que saben poco quieren mostrar en todas partes lo que saben. No hay conversacion donde, sin esperar oportunidad, no saquen á plaza sus escasas noticias. Entre los verdaderos sabios y estos sabios de poquito hay la misma diferencia que entre los mercaderes de caudal y los buhoneros. Aquellos dentro de su lonja tienen los géneros, para que allí los vayan á buscar los que los hubieren menester; éstos se echan á cuestras su misera tiendecita, y no hay plaza, no hay calle, no hay rincón donde no la expongan al público.

Algunos son tan necios, que con todas clases de personas introducen, sin propósito, la facultad en que se han ejercitado. El abad de Bellegarde refiere de un militar, que en visita de damas se puso muy despacio á relatar, sin pedírselo nadie, el sitio de una plaza, día por día, punto por punto, con todos los términos facultativos, nombrando regimientos y oficiales, sin omitir alguno de cuantos movimientos habían hecho sitiadores y sitiados, desde que se avistó la plaza hasta su rendición. ¿No estarían muy gustosas las damas con esta relación gacetal? Aun es más gracioso lo que, para figurar á estos impertinentes, atribuye el famoso cómico Molière á un médico recién aprobado, en las primeras vistas de una señorita, cuya mano pretendía; esto es, que después de hacer todo el gasto de cortesanas con los axiomas y términos de su arte, la convidó como que le hacia un obsequio muy estimable, á que fuese á ver á la tarde la disección anatómica de un cadáver, que había de ejecutar él mismo. ¡Qué agasajo tan recomendable para una tierna damisela!

Una de las lecciones más esenciales de urbanidad es acomodarse en las concurrencias al genio y capacidad de los circunstantes; dejar en todo caso á otros la elección de materia, y seguirla hasta donde se pudiere. Punto ménos extravagante es el que razona con otro sobre facultad que éste no alcanza, que el que le habla en idioma que no entiende.

§ XVI.

Afectacion de superioridad.

Es notable la diferente representación que hacen algunos sujetos en el principio y progreso de la conversacion. Al tiempo de agregarse á la visita ó al corro, si la gente que le compone no es de su frecuente trato, se esmeran en profundas reverencias, en tiernas humillaciones; hacen las más ponderadas protestas de su rendimiento y deferencia á éste, á aquel y al otro; pero después poco á poco van componiendo el gesto, el modo y las palabras hácia una gravedad senatoria ó una autoridad legislativa. Ya se metió en el vestuario la lisonja, y sale al teatro la arrogancia. Ya se arrojó el zueco, y se alzó el coturno. Ya la solfa, que empezó por el *ut* de Fefaut, que es el más profundo, montó al *la* de Gesolreut, que es el más alto. Ya la estatura política creció de pigneá á gigantesca. Ya miran á los circunstantes allá abajo, y ya en cuanto hablan se trasluce un ceño desdeñoso, hijo legítimo de una rústica soberbia.

Acuérdome, á este propósito, de la que refiere Moreri de Brunon, obispo de Langres, que, habiendo en el principio de una carta ó edicto suyo cualificándose modestamente, *humilis præsul*, después, en el cuerpo de el escrito, se dió á sí propio el tratamiento de majestad, *nostram adiens majestatem*. Los que proceden de este modo deben de estar en el error de que la urbanidad y modestia sólo se hicieron para los exordios, prólogos y saluciones.

Esta desigualdad notó Barclayo, como característica de los españoles: *Sermonum et amicitiarum exordia per speciem mitissimæ humanitatis adornant. Hos tu quoque illis initiis optimè poteris eadem tranquillitate adoriri, succedentes autem ad fastum, mutua majestate excipere.*

La verdad es, que hay entre nosotros no pocos que adolecen de el expresado defecto. Pero la nota de Barclayo, como otras invectivas que han hecho los extranjeros contra la soberbia de los españoles, tomadas generalmente, si un tiempo fueron justas, hoy no lo serían. O fuese efecto de el mayor comercio con los de otras naciones, ó desengaño, que el tiempo fué introduciendo poco á poco, no es dudable que ya los españoles se han humanizado mucho, y pienso que también los extranjeros lo han reconocido; bien que no faltan entre ellos quienes malignamente atribuyan la deposición de la antigua fiereza á postración de los ánimos, ocasionada de las adversidades padecidas el siglo pasado en las guerras con la Francia. Así se explicó un zumbon francés de buen gusto, en una carta que en nombre de Voiture, ya entonces difunto, imitando el estilo y aire de este famoso ingenio, como que él la enviaba de el infierno, escribió felicitando al mariscal de Vironne, y elogiando al

rey de Francia sobre sus victorias contra los españoles. «Aquí (decía después de otras cosas) ha llegado un buen número de españoles, que se hallaron en los combates, y nos han referido todo lo sucedido en ellos. Yo no sé cierto en qué se fundan los que dicen que los de esta nación son fanfarrones. Asegúroos que nada tienen de eso, antes son una bonísima gente; y el rey, de un tiempo á esta parte, nos los envía acá ray dulces y afables.» Chanzas aparte, que los corazones de los españoles no se han abatido por los reveses padecidos, se ha evidenciado en estas últimas guerras. Así, lo que se debe tener por cierto es, que hoy los españoles son más racionales, sin ser ménos animosos.

§ XVII.

Tono magisterial.

Entre los profesores de letras hay no pocos tediosos á los circunstantes, porque siempre quieren hacer el papel de maestros. Para ellos todo lugar es aula, toda silla cátedra, todo oyente discípulo. Encaprichados de su ciencia, de su ministerio y de sus grados, casi miran á los que no han cursado las escuelas como gente de otra especie. Así, apenas les hablan sino con frente erizada y ojos desdeñosos. Cuanto articulan sale en solfa de sentencia rotal. Su tono siempre es decisivo, su voz tiene la majestad de oráculo, su acción parece de maestro de capilla, que echa el compás á todo.

He visto á muchos y muchísimos preocupados de el error de que el estudio aumenta el entendimiento. ¿Y éste es error? Sin duda. Que se diga que la desigualdad de discurso en los hombres proviene de desigualdad entitativa de las almas, como pensaron algunos, ó que únicamente pende de la diferente temperie y disposición de los órganos, como comunmente se juzga, es preciso que la facultad intelectual sea la misma, ó sea igual con estudio ó sin él; siendo cierto que ni el estudio altera la organización ó temperie nativa, ni ménos muda la entidad substancial de el alma. Así, después de muchos años de estudio, la facultad discursiva no crece en sus fuerzas ni medio grado. La razón propuesta lo convence; pero también la experiencia me lo ha hecho palpable. Vi á sujetos de grande aplicación á las letras, después de consumir en ellas lo más de su vida, discurrir miseramente en cuantos asuntos se proponían. Noté en otros que traté diferentes veces en el espacio de muchos años, y apenas dejaban jamás de la mano los libros, la misma torpeza en raciocinar, la misma obscuridad en entender, la misma confusión de ideas en los fines que en los principios. El estudio da noticias, ministra especies, con que se hacen varias deducciones, que, sin ellas, no se harían; pero la valentía ó actividad de el discurso no por eso se aumenta. Así como si á un artífice se le ministran muchos instrumentos de su arte, que antes no tenía, hará varias operaciones que antes no podía hacer; pero la fuerza de el brazo no por eso será mayor.

Aun respecto de la facultad que estudian, jamás pasan aquella valla que les puso delante la naturaleza. El rudo siempre es rudo: lee mucho, conferencia mucho, manda muchas especies á la memoria; pero nunca las congrega con acierto, nunca las distribuye con discre-

ción, nunca las penetra bien, nunca las entiende con claridad. Así sale puramente un docto de perspectiva, capaz sólo de alucinar con falsas luces al vulgo ignorante: uno de aquellos, que la plebe llama pozos de ciencia, y sólo son pozos de agua turbia.

Siendo esto así, como lo es sin duda, se ve claramente que á los facultativos no les da fundamento alguno para engreirse su magisterio ó su grado, y que es una suma extravagancia afectar alguna autoridad en virtud de esas ínfulas. Lo peor que tiene el caso, y lo que sube la ridiculez al supremo punto, es, que los que se dejan dominar de esta presunción siempre son los profesores de inferior nota; porque los de ingenio y entendimiento claro se hacen cargo de la razón. Los profesores, digo, de inferior nota son los que abultan con la ostentación sus pocas letras, procurando darles siempre la apariencia de mayúsculas. Son los que de el estudio sacan poca luz y mucho humo. Así en las concurrencias se atribuyen una cualificación ventajosa respecto de todos los demás, y vierten mil necedades con toda la gravedad propia de apotegmas.

Parecerá que pondero, y no es así. Créame el lector, que hay muchos, muchos, que sin más mérito que pocos años de cursantes en la aula y un bonete ó capilla en la cabeza, desestiman cuanto pueden razonar ó discurrir en cualquiera materia los legos, como si éstos no fuesen racionales, ó fuesen racionales de otra clase inferior. Que se ofrezca hablar de guerra, que de política, que de gobierno alto ó bajo, con necia satisfacción meten la hoz en la mies ajena, á vista de hombres, de quienes en aquellas materias no merecen ser discípulos. ¿Y qué sacan de aquí? Que todos conozcan y hagan mofa de su mentecatez.

Y no omitiré otro torpísimo defecto de esta gente de poco alcance, bien que éste es común á personas de todas clases; esto es, ser continuos censores de los talentos ajenos. ¡Cosa preciosa! El hombre bobo es el que á cada paso anda calificando de bobos á éstos, á aquellos y á los otros. El que no sabe palabra es el que frecuentísimamente mide á dedos la ciencia de los profesores, y le parece que sólo se puede medir á dedos, porque en su opinión, rara ó ninguna vez llega á varas. El mal predicador es el que apenas oye sermón que le parece bien; lo propio sucede al mal sastre, al mal herrero, etc.

§ XVIII.

Visitas importunas.

Hay unos hombres, que de demasadamente urbanos, son intolerables. Hablo de los visitantes, que parece toman el serlo por oficio, ó lo ejercen en virtud de algún particular nombramiento. Éstos son unos ociosos, que no saben qué hacer de sí, ni qué hacer en el mundo, sino cansar á toda la gente honrada de el pueblo; unos ladrones de el tiempo, que inicuamente roban á sus vecinos el que necesitan para sus precisas ocupaciones; unos caballeros andantes, que con la lengua siempre en ristre, se emplean en hacer tuertos, en vez de deshacerlos; unos pordioseros de parleta, que la andan mendigando de casa en casa; unos tramposos de cortesana, que venden por obsequio lo que es enfado.

Los que piensan captar la gracia de los poderosos con la continuacion de visitas, viven muy engañados. ¿Qué mérito será para ellos tenerlos cada tercer dia aprisionados una hora en una silla, que viene á ser casi lo mismo que en un cepo, privándolos entre tanto, ya de la diversion que apetecian, ya de la ocupacion que necesitaban? Lo que ordinariamente pasa es, que no bien el visitante, concluidas las ceremonias de despedida, vuelve las espaldas, cuando el visitado echa mil maldiciones á su impertinencia; y si tiene á mano con quién pueda desahogarse en confianza, dice, que no vivió mayor salvaje en su vida.

Gran lástima tengo á los pobres ministros, por lo mucho que padecen en esta parte. A la pesadísima carga de su oficio se añade la molestísima sobrecarga de tanta visita, que no sé si es más onerosa, que la tarea de el tribunal. Al fin, en el tribunal oyen razonar á cuatro ó seis abogados doctos; en su casa oyen á veinte impertinentes y necios, que juzgan hacer mejor su causa quebrándole al ministro la cabeza.

§ XIX.

Visitas de enfermos.

Sobre el capítulo de visitas de enfermos es preciso escuchar, no sólo las reglas de la cortesanía, mas tambien las de la caridad; y es imposible, faltando á éstas, observar aquellas. Son los enfermos, tanto en la parte de el alma como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos, que es menester manejar con exquisito tiento. A un cuerpo enfermo, áun los leves tocamientos duelen; á una alma afligida, áun especies indiferentes inquietan.

Visitar á los enfermos es, no sólo accion de urbanidad, mas tambien obra de misericordia; mas para calificarse de tal, es circunstancia esencial y absolutamente indispensable, que la visita sirva al enfermo de alivio ó consuelo. Pero ¿cuántas reciben de éstas los pobres enfermos? Apenas una entre cincuenta. Los discretos son pocos, y los visitantes muchos. El que enfada con sus visitas á un sano, ¿qué hará á un enfermo? Ni basta ser discretos los que visitan, si su discrecion no se extiende á comprender cuándo, cuánto, cómo y qué se ha de hablar á cada doliente. El cuándo, se ha de saber de el médico y asistentes; el cuánto, el cómo y el qué, lo ha de reglar la prudencia de el que visita.

En el cuándo se peca ordinariamente. A los enfermos se ha de dar poca conversacion, áun cuando por la cualidad sea de su gusto. Sobre que la atencion á lo que se les habla los fatiga, en esa atencion misma se ocupan, gastan y disipan no pocos espíritus, que faltando esa distraccion, se emplearian en lidiar contra la causa de la dolencia. Así, por lo comun, conviene dejarlos en aquel medio sueño, en aquel ocio lánguido de el alma, que sin aplicar conato alguno, permite errar libremente por el cerebro todas las ideas que ocurre.

El cómo ha de ser tal, que se evite toda molestia. Debe hablárseles en voz remisa. Los vocingleros desca-

labran áun á cabezas de bronce; ¿qué harán á las de vidrio? No se les ha de molestar con preguntas, ó ponerseles por otra via en la precision de alternar la conversacion, porque les resultan de ello dos fatigas: la de discurrir y la de hablar.

El qué, sea el que se discurra más grato para el enfermo, tocando siempre los asuntos más conformes á su genio, y á que en el estado de sanidad se reconocia más inclinado. Ya que en el alimento de el cuerpo huyen tanto médicos y asistentes de conformarse á su apetito, en que juzgo se yerra muchas veces, siquiera en el pasto de el alma sigan su inclinacion, en que nunca puede haber inconveniente, ántes evidente utilidad. Cuando hay muchas enfermedades en el pueblo, puede hacerse conversacion sobre este asunto; pero con la precaucion forzosa de dárselos noticia solamente de los que escapan, y en ningun modo de los que mueren; que he visto visitantes tan mentecatos, que apenas aciertan á decir otra cosa á un enfermo, sino que murieron Fulano y Citano. Es mucho lo que se congoja el pobre con esto, porque en la lógica de su melancólico discurso, su muerte se sigue como ilacion de las otras.

A estas reglas generales añadiré la nota de dos errores, en que comunisimamente inciden los que visitan á los enfermos: el primero es el de preguntarles todos, uno por uno, así como van entrando, cómo se hallan. Es menester la paciencia de Job para tolerar tanta pregunta idéntica. Aun en una levisima indisposicion es notable el tedio y displicencia, que recibe el doliente, de que le pregunten una misma cosa tantas veces, y de haber de responder á todos de un mismo modo. Lo que se debe practicar es, preguntar el estado de el enfermo á alguno de los de casa, ántes de entrar á verle, ó cuando más, preguntarlo en voz baja al que estuviere más á mano de los que entraron ántes en el aposento. Puede tambien tomarse el expediente que practicaba un sugeto de mi religion y amigo mio, el cual, hallándose enfermo, hacia todas las mañanas al enfermero escribir todo cuanto le podian preguntar; cómo habia pasado la noche, si el dolor de cabeza se habia exacerbado ó disminuido, el estado de el apetito y de la sed, etc. Este papel mandaba fijar con obleas á la puerta de la celda, para que leyéndole los que entraban, excusasen fatigarle con preguntas.

El segundo error es meterse los visitantes á médicos. Ésta es zuna de muchos. Cosa lastimosa es, que siendo el arte médico tan abstruso, tan arduo, tan difícil, que para conseguirle, el más prolijo estudio es insuficiente, el mayor ingenio es corto, todos se metan á dar en él su voto. Así, con lo que á cada uno se le antoja que puede aprovechar, ó como alimento ó como medicina, muelen á los enfermos é inquietan á los médicos. ¿Cuántas veces he visto á médicos muy advertidos hallarse sumamente perplejos sobre lo que debian ordenar, y al mismo tiempo mil don Teruleques cortar, rajar, hender, decidir con suprema satisfaccion sobre el remedio que convenia prescribir! ¿Cuántas veces tambien he visto sacar estos importunos cachivaches de su paso al médico prudente y docto, el cual, bien contempladas las circunstancias de la enfermedad

y de el enfermo, comprehendia que convenia estarse quieto á la mira, dejando todo entre tanto al beneficio de la naturaleza; pero al fin, fatigado y vencido (que no debiera) de las continuadas instancias de tanto ignorante, ponía las manos á la obra y ejecutaba lo que no convenia! Suelen estos rudos gritar que se debe ayudar á la naturaleza. ¡Grande aforismo! Todo el mundo lo sabe. Pero lo que ellos piensan que es ayudar á la naturaleza, es en realidad cortarle piernas y brazos.

§ XX.

Visitas de pésame.

Todos los que están oprimidos de algun grave pesar son unos enfermos de determinada clase. En las enfermedades, á quienes comunmente se da el nombre de tales, empieza el mal por el cuerpo, y de el cuerpo pasa al alma; en la enfermedad de tristeza empieza por el alma, y de el alma pasa al cuerpo. Para los apesarados, todos los visitantes deben ser médicos, ni hay otros médicos que los visitantes. La cura de las pasiones de el alma no pertenece á la física, sino á la ética. Así, la discrecion de el que visita puede conciliar al enfermo algun alivio; los preceptos de el viejo Hipócrates, ninguno.

Mas ¿qué sucede? Que las visitas de pésame añaden al dolor de los apesarados otra nueva tortura. A una viuda desolada, á un viudo amantísimo de su difunta consorte, el precisarlos á estar de respeto y formalidad un dia entero, ó muchos dias enteros, ¿no es tenerlos otro tanto tiempo en un potro? Tiene el dolor grande su natural desahogo en lágrimas abundantes, en gemidos impetuosos, en clamores repetidos, en ademanes descompuestos. Nada de esto es permitido á quien está recibiendo visitas. Ha de estar con mucha compostura, sin más expresiones de su dolor que las que hace un farsante en la aventura triste de una comedia. Se ha de ceñir á una representacion puramente teatral de su angustia. Las palabras, los suspiros, han de salir con medida, compas y regla. Tiene un océano de amargura dentro de el pecho, y sólo se le consiente arrojar fuera una ú otra gota. Y si se mira bien, ese no es desahogo, ni áun levisimo, ántes la violencia que se padece en acomodarse á estas demostraciones regladas, es añadidura del tormento.

La cruel resulta que tiene en la gente dolorida impedirles la natural respiracion de la queja, explicó bien el Picineli en el geroglífico de un rio, que detenido, se hincha más, con este lema: *Ab obice crescit*. Es así que la angustia se aumenta todo lo que se oculta, y tanto ahoga, cuanto no se desahoga. *Strangulat inclusus dolor*, dijo Ovidio, que fué muy práctico en la materia.

Por esto juzgo yo que convendría, que á los que están de duelo sólo los viesen sus parientes y más estrechos amigos, cuya familiaridad no impide, ántes facilita, aquellos rompimientos de el alma, que desembarazan algo la opresion de el pecho. Las visitas de éstos deben tomar por principal asunto un sincero ofrecimiento de sus buenos oficios, especialmente cuando

el dolor tiene por motivo, ó parcial ó total, la pérdida, ó efectiva ó inminente, de algunas conveniencias temporales. Fuera de parientes y amigos, y áun más que éstos, importa que los visite algun varon espiritual y discreto, cuya virtud sea notoria á todo el pueblo. El consuelo que dan los hombres de este carácter en cualquiera afliccion, ó por mejor decir, Dios por medio de ellos, es muy superior á todo el que pueden ministrar los más finos parientes y amigos; y la mejor obra que podrán hacer al apesarado los parientes y amigos, será granjearle visitas de personas de esta calidad.

Todo lo dicho se debe entender de los duelos verdaderos y grandes, que á la verdad hay en esta materia mucho de perspectiva. Si muere el padre, si la madre, si el marido, si la esposa, siempre el correlativo que queda acá muestra alto sentimiento. Pero ¿quién lo ha de creer de el marido, que se experimentó más amante de la libertad que de la esposa? ¿Quién de la esposa maltratada de el marido, que miraba como cautiverio el matrimonio? ¿Quién de el hijo en quien se traslucía esperar con impaciencia la herencia paterna? En estos casos viene bien la multitud de visitas de pésame, porque son proporcionados pésames de cumplimiento á duelos de ceremonia.

§ XXI.

Cartas.

El escribir cartas con acierto es parte muy esencial de la urbanidad, y materia capaz de innumerales preceptos; pero pueden suplirse todos con la copia de buenos ejemplares. Así, el que quisiere instruirse bien en ella, lea y relea con reflexion las cartas de varios discretos españoles, que poco há dió á la luz pública el sabio y laborioso valenciano don Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario de su majestad, y catedrático del Código de Justiniano en el reino de Valencia. Esto para las cartas en nuestro idioma. Para las latinas, los que desearen una perfecta enseñanza, la hallarán en las de el doctísimo dean de Alicante, don Manuel Martí, que acaba de publicar en dos tomos de octavo, el citado don Gregorio Mayans; y en las de el mismo Mayans, publicadas en un tomo de cuarto, el año de 1732. Y cierto considero importantísimo el uso de los tres libros expresados, porque es lastimoso el estado en que se halla la latinidad en España, especialmente en orden al estilo familiar y epistolar. ¿Cuántas veces ocurre la necesidad de escribir esta ó aquella comunidad grave alguna carta latina á Roma ú otro país extranjero, y cuán pocos sugetos se encuentran capaces de escribir sino un latin lleno de hispanismos! Cuando se ofrece hablar á un extranjero, que sólo se nos puede explicar en latin, nos hallamos poco ménos embarazados para confabular con él en este idioma, que si nos precisasen á hablar en arábigo.

En la multitud de cartas se peca como en la frecuencia de visitas; ni las cartas son otra cosa que unas visitas por escrito. Son muchos los que incurren en este abuso. El motivo más común es captar la benevolencia de aquellos á quienes escriben. Notable necedad, pen-

sar que con la molestia se granjea el amor. Lo contrario sucede á cada paso; y he visto á muchos, con la repetición de cartas, perder la estimación que ántes lo graban, y sin esa molienda merecieran. Hay no pocos que las escriben por la vanidad de mostrar las respuestas, para que los respeten como á hombres que se corresponden con personas distinguidas. Éstos son molestos para aquellos á quienes las escriben, y para aquellos á quienes las leen. Lo ordinario es, que los que por este medio procuran hacerse espectables, sólo consiguen ser tenidos por ridículos. Apénas hay quien no haga mofa de los que de corro en corro andan leyendo sus cartas, como los malos poetas sus versos.

Pero ¿qué remedio habrá contra tales impertinencias? Hacerse desentendidos los que reciben las cartas, y no responderles. ¡Oh! que esto es falta de urbanidad. No, sino sobra de discreción, y la aprehensión contraria reputo por error común. No hay quien tenga por inurbanidad despachar una ú otra vez á un moliente de visitas, haciendo que no está en casa. ¿Por qué será inurbanidad portarse con un moliente de cartas como si una ú otra se hubiese perdido en el correo? Ya se ve, que al escritor le dolerá la falta de respuesta; mas si yo me curo de una indisposición, que padezco, con una medicina que me amarga á mí, ¿cuánto mejor será curarme de una molestia con un remedio que amarga al mismo que me causa el mal? Ello, parezca bien ó mal, yo así lo practico, y me es absolutamente imposible hacer otra cosa; siendo cierto, que si quisiese responder á todos, ni tendría caudal para pagar los portes, ni tiempo para escribir las respuestas.

APÉNDICE.

En el párrafo xiv, debajo de la autoridad de Quintiliano, notamos de inurbana la chanza que se extiende á asuntos genéricos, comprensivos de muchas personas, ya presentes, ya ausentes. Pero reservamos para aquí individuar y corregir el abuso más damnable que se comete en esta materia. Éste es el de chancear, zumbar, y áun zaherir sobre el capítulo de el estado religioso.

¿Creerán los herejes, que muchas veces entre católicos la profesión de el estado regular sea asunto de irrisión ó ludibrio? ¿Creerán que muchas veces á un religioso le llaman *fraile* por mofa? ¿Creerán que haya hijos de la Iglesia romana, que hablen de los religiosos áun con mayor desprecio que ellos mismos? ¿Creerán que hay entre nosotros quienes, cuando un religioso en alguna acción declina de las reglas de el pundonor, les parece que la cualifican sobradamente de indecorosa, con decir que es una *frailada*? No sé si lo creerán; pero ello así es.

No veo, á la verdad, que este desórden suba muy arriba; pero tampoco se queda muy abajo. Dividiendo los entendimientos de los hombres en tres clases, alta, mediana y ínfima, se hallará que el bárbaro lenguaje de hablar con desprecio de los religiosos es vulgarísimo en la ínfima, tiene algún lugar en la mediana, pero nunca llega á la suprema. El no arribar jamás esta clase consiste en que los hombres de entendi-

miento claro ven con evidencia, que el estado religioso por muchas razones mueve á veneración, y por ninguna á desprecio. Como la clase media de entendimientos tiene mucha latitud, tanto más ó menos adolece de este vicio, cuanto más ó menos se acerca, ó á la alta, ó á la ínfima. Creo que en muchos ó los más de esta clase no procede de dictámen el asco, que en determinadas ocasiones hacen de los religiosos; sino de que no les ocurre otra cosa con que zaherir, cuando algún religioso les ocasiona algún enfado, ó cuando en conversación festiva se ven precisados á reciprocarse la zumba.

Vamos ya á cuentas, señores seculares, sean los que se fueren, que es la materia más grave que lo que vuestras mercedes imaginan; y por decírselo francamente, el hablar con vilipendio de los religiosos como tales, tiene un olor infernal. En un religioso hay que considerar la persona y el estado. La persona tendrá acaso muchos y graves defectos, en cuyo caso será reprehensible, y áun despreciable por ellos; mas no por eso el desprecio se debe ó puede extender al estado. Aunque la persona sea malísima, el estado siempre es santísimo. Aborrecer los vicios de un religioso malo, nace de un dictámen justo; insultar el estado, no puede eximirse de sacrilegio. ¿Qué significa cuando un religioso con alguna acción poco decorosa, ó imaginada tal, los ofende á vuestras mercedes, decir que obra como fraile, ó que su acción es *frailada*? Sin duda no significa otra cosa, sino que su profesión por sí misma influye y inclina á acciones torpes: ni más ni menos que de un hombre vil por su oficio, verbi-gracia un carnicero, al cometer una infamia, se dice, que de un carnicero no se podía esperar otra cosa, ó que obró conforme á la vileza de su ministerio. Vean vuestras mercedes si esto es condenar un estado que la Iglesia aprueba, desestimar lo que la Iglesia aprecia, vilipendiar lo que tantos sumos pontífices han calificado con altísimos elogios. Véanlo vuestras mercedes, y reflexiónen lo que de aquí se sigue, que será mejor que vuestras mercedes lo deban á su reflexión, que á mi advertencia.

Pero convengo en que bajemos la mira, y tratemos la materia más humanamente, como si la cuestión fuese con personas que miran con indiferencia el infalible y venerable dictámen de la Iglesia católica romana. Prescindase, digo, de la aprobación, que logran de la Iglesia todos los estatutos regulares, y miremos el asunto, digámoslo así, con puramente mundanos ojos, siquiera porque no nos digan, que por destituidos de otra defensa, nos acogemos á sagrado.

¿Por dónde el nombre de fraile podrá ser de mal sonido ú de bajo significado? Cinco clases de religiosos hay en la Iglesia de Dios: canónigos reglares, monacales, religiosos militares (prescindiendo por ahora de la famosa cuestión de si lo son rigurosamente), clérigos reglares y mendicantes. Algunos comprenden bajo el nombre de frailes á todos, exceptuando los militares. Otros á todos los que preponen al nombre la voz *fray*. Otros, finalmente, sólo á los mendicantes. Yo nunca he sido delicado sobre esta materia. He visto muchos monacales, que lo son, y al darles el nombre de frailes, responden con enfado, que no son frailes, sino

monjes. Es cierto, que tomando la voz *frailes* en la tercera acepción, distinguen bien, porque el estado monacal y el mendicante constituyen entre los regulares clases distintas. También tomando la voz *frailes* en la segunda acepción, distinguen oportunamente; porque la agregación de el *fray* al nombre en los monacales es una intrusión de poco tiempo á esta parte, y áun esa intrusión se ha extendido poquísimo. En Francia, Italia, Alemania y Flándes, todos los monacales preponen simplemente la voz *don* al nombre, *don Juan de Mabilon*, *don Lucas de Acheri*, *don Edmundo Martene*. Aun dentro de España, los cistercienses de la corona de Aragón se tratan mutuamente de *don*. Los hijos de san Basilio ya se dan en toda España el mismo tratamiento. Aun en nuestra congregación de San Benito de Valladolid, que es donde tuvo principio esta innovación, algunos particulares se dan reciprocamente *don*, sin que los superiores lo corrijan, por tener comprendido, que este tratamiento es conforme á la regla de nuestro gran patriarca san Benito, como probó en un docto escrito, que sacó á luz el año de 1733, el padre maestro don Isidoro Andrés, monje cisterciense de la corona de Aragón, hijo de el célebre monasterio de Santa Fe, y al presente lector de artes en el monasterio de la Oliva, jóven de amenísimo ingenio y de altas esperanzas.

Todo esto es verdad. Mas todo esto para el asunto ¿qué importa? En la consideración de otros, mucho; en la mía, poco ó nada. De cualquiera modo que se tome la voz *fraile*, y que se atienda á su derivación, que á su significación, es honradísima. Derivase de la voz latina *frater*, que significa *hermano*. La hermandad de los religiosos unidos debajo de un techo, ú debajo de un instituto, ¿tiene algo de malo? El Espíritu Santo, en la pluma de David, la calificó de buena, y muy buena: *Ecce quàm bonum, et quàm jucundum habitare Fratres in unum*. Lo que significa, es un hombre destinado al culto divino (sea debajo de este ú de aquel instituto), consagrado á Dios, ministro de su casa, doméstico de el Omnipotente. ¿Hay en esto alguna bajeza? No, sino nobleza suma. ¿Por qué, pues, se asquea la voz *fraile*?

Miremos las cosas á otra luz, y humanemos aún más la consideración. Todo lo que los hombres de razón estiman en los hombres (dejando aparte los bienes de fortuna, que son más objeto de la lisonja, que de la veneración) se reduce á tres capítulos: ciencia, virtud y nacimiento; ó por lo ménos, éstos son los principales. ¿Por cuál de estos tres desmerecerán los frailes? ¿Por la ciencia? Es sin duda, que á la reserva de una religión sola, tantos á tantos sin comparación, más ciencia se halla en los religiosos, que en los seculares. Entre aquellos casi todos estudian; entre éstos los ménos, ó sólo un poco de gramática. ¿Por la virtud? ¿Quién negará, que tantos á tantos se puede pronunciar en orden á este capítulo lo mismo que acabamos de decir en orden al de la ciencia? ¿Por el nacimiento? Hay muchos, muchísimos, muy nobles, y para todos se hacen pruebas de limpieza de sangre; en algunas regiones, como en la mía, también de limpieza de oficio. A vista de esto, ¿quién no se irritará de que

innumerables trastos indignos, que hay en el mundo, despreciables por todos capítulos, ineptos para todo, sino para comer; ignorantes, torpes, rudos y áun de nada calificado nacimiento, hablen con asco de los frailes, cuando entre éstos hay muchos, que áun atendido sólo el nacimiento, los exceden muchos codos; y si se hubiesen quedado en el siglo, no los admitirían por criados de escalera arriba? ¿Cuántos, sin más mérito que una peluca en la cabeza, miran los frailes allá abajo con un desden fastidioso, como si, prescindiendo de todas las demas circunstancias, no fuese mucho mayor honra cubrir la cabeza con una capilla, de cualquier tela ó paño que sea, que con una peluca!

Finalmente, señores seculares, eso de apellidar *frailada* á la acción ruin, ó descomedida, en que tal vez caen uno ú otro religioso, les aseguro que es una necedad muy de marca mayor. Ó esa denominación significa, que es propio de los religiosos obrar así, ó lo que coincide á lo mismo, que así obran comunísimamente; proposición, que (dejando aparte la cualificación que merece) evidentemente se convence de falsa por experiencia y por razón. Tantos á tantos, como arriba dije, en orden á ciencia y virtud, más pundonor se experimenta en los religiosos, que en los seculares. Á la reserva de algunos poquísimos, siempre he visto á aquellos muy constantes en sus amistades, muy fieles en sus promesas, muy gratos á sus bienhechores, etc.

A esta experiencia sufragan dos razones de gran peso. La primera se toma de la educación de los religiosos, la cual es una continua instrucción en todo género de virtudes morales, en que son comprendidas las que acabamos de expresar, y todas las demas, que constituyen á un hombre pundonoroso, ó como decimos vulgarmente, hombre de bien.

La segunda razón tiene fuerza más sensible. El motivo por que ordinariamente los hombres cometen acciones ruines es la nimia adhesión á los propios intereses. Falta éste al amigo, aquél al pariente, el otro al bienhechor, porque les tira más el propio interés, que la amistad, que la gratitud, que el parentesco. Ahora bien; es manifiesto, que el interés propio tiene más fuerza en los más de los seculares, que en los religiosos. Todos los casados encuentran á cada paso un grande estorbo para obrar con generosidad, en la atención que tienen al interés de su consorte y de sus hijos; tropiezo de que carecen los religiosos y demas eclesiásticos. ¿Cuántos, si no tuviesen otro motivo de interés, que el de la propia persona, le abandonarían bizarramente por obrar conforme á las leyes de el pundonor! pero las conveniencias de la mujer y de los hijos, los arrastran y obligan á ejecutar alguna ruindad, que sin ese atractivo no ejecutarían. Aun respectivamente á los intereses puramente personales, si se hace el cotejo con los seculares de cortos medios, se hallará, que los religiosos están más desembarazados para obrar con honradez en las ocasiones que se ofrecen. Los mismos seculares lo advierten esto, pues cuando algún religioso, poniéndoles delante su propio ejemplo, los exhorta á obrar con más pundonor y ménos codicia, lo que responden es, que el reli-

gioso tiene seguro el plato, y ellos no. Luego, por cualquiera parte que se mire, más propio es de los religiosos obrar con honradez que de los seculares. Déjese, pues, esa simpleza de tomar las voces *fraile* y *frailada* hácia mala parte, ó cuando más, estánquese

ese uso de las voces en chozas pastoriles, mesones y tabernas (*).

(*) Ponia aquí el PADRE FEIJOO un apéndice sobre los motivos por que los seglares improprian algunas veces á los regulares, el cual se omite por no tener apénas objeto hoy día. (V. F.)

CAUSAS DE EL AMOR.

§ I.

Un afecto, que es el primer móvil de todas las acciones humanas, príncipe de todas las pasiones, monarca, cuyo vasto imperio no reconoce en la tierra algunos límites; máquina con que se revuelven y trastornan reinos enteros; ídolo, que en todas las religiones tiene adoradores; en fin, astro fatal, de cuya influencia pende la fortuna de todos, pues segun sus varios aspectos (quiero decir, segun su mira á objetos diferentes), á unos hace eternamente dichosos, á otros eternamente infelices; un afecto, digo, dotado de tales prerogativas, bien merece algun lugar en este teatro,

Mas ¿qué hemos de decir de el amor, que no esté ya dicho infinitas veces? ¿Será bien que repitamos, ni áun en compendio, lo que está esparcido en innumerables libros, ó bien refiriendo mil vulgarizadas historias, ó bien tejiendo una fastidiosa rapsodia de sentencias de filósofos y poetas? A la verdad, esto es lo que se estila, no sólo en esta materia, sino en todas. Respecto de cualquier asunto, los escritores (mejor los llamaremos *escribientes*) son muchos, los autores rarísimos. La produccion de los libros comunísimamente es produccion unívoca. Llamen así los filósofos de la escuela á aquella produccion en que el efecto es de la misma especie que su causa. ¿Qué quiero decir? Que los libros comunísimamente son hijos de otros libros, no de la idea y entendimiento de los que los escriben. ¡Oh cuántos grajos no hacen sino repetir lo que cantaron algunos cisnes! ¡A cuántos vivos no se oyen sino los ecos de las voces de algunos muertos! ¡Cuántas cornejas sólo se adornan de ajenas plumas! Áun sería tolerable si estos *escribientes* supiesen dar á lo que trasladan una nueva agradable forma. Mas lo que á cada paso se ve es, que de preciosos materiales fabrican torpísimos edificios, y de bellas pinturas sacan en la copia infelices mamarrachos.

Para escritores de este género no hay asunto más copioso que el de el amor; pues con lo que hay escrito de él se puede llenar, no un gran libro, sino una gran biblioteca; mas por lo mismo que hay tanto escrito de el amor, para el que quisiere decir algo de nuevo, ningún asunto parecerá más estéril. Parecerá, digo; pero realmente no lo es. Es verdad, que por lo que toca á la filosofía moral, hay bastante escrito de el amor: por lo que mira á la poesia y discursos académicos, es demasiado, es infinito lo que hay escrito; mas por lo que

pertenece á la física, ó filosofía natural, se puede asegurar, que áun está la materia casi intacta.

A la filosofía pertenece examinar las causas de las cosas. ¿De qué causas nace ó pende el amor? Cuatro géneros de causas distinguen los filósofos: eficiente, material, formal y final. La eficiente es el sugeto amante, y él mismo tambien es causa material, uno y otro mediante la alma, como potencia remota y radical, y la voluntad como potencia formal y próxima. La final es la bondad de el objeto amado. Causa formal no la hay aquí, porque el mismo amor es forma, que denomina al sugeto amante; y segun el axioma filosófico, para una razon formal no hay que buscar otra razon formal.

Todo lo dicho es clara y llana filosofía; pero en el lenguaje comun de los hombres se ha hecho gran lugar un axioma, que incluye con las causas expresadas otra distinta de ellas. El axioma es, que *la semejanza es causa de el amor*.

En el discurso sobre *Antipatia de españoles y franceses* (*) toqué de paso este punto, y es preciso repetir aquí lo que escribí allí. Estas son mis palabras: «La regla de que la semejanza engendra amor, y la desemejanza odio, tiene tantas excepciones, que pudiera borrarse de el catálogo de los axiomas. A cada paso vemos diversidad en los genios, sin oposicion en los ánimos, y áun creo, que dos genios perfectamente semejantes no serian los que más se amasen; acaso se causarían más tedio que amor, por no hallar uno en otro sino aquello mismo que siempre posee en sí propio. La amistad pide habitud de proporcion, no de semejanza. Únese la forma con la materia, no con otra forma, con ser desemejante á aquella y semejante á ésta. Con corta diferencia pasa en la union afectiva lo que en la natural. Los ardores de el amor se encienden en cada individuo por aquella perfeccion, que halla en otro, y no en sí mismo. Puede ser que en otra ocasion, extendiéndome más sobre esta materia, ponga en grado de error comun el axioma de que la semejanza engendra amor, como comunmente se entienda.» Llegó el caso de ejecutarlo, siendo el motivo la noticia que tuve de que algunos curiosos lo deseaban.

§ II.

Por lo cual, digo, lo primero, que hablando con propiedad filosófica, nunca se puede rectamente decir,

(*) Página 82 de este tomo.

que la semejanza es causa de el amor. La razon es, porque si lo fuese, era preciso reducirse á alguno de los cuatro géneros de causas expresados; pero á ninguno de ellos puede reducirse: no al de causa eficiente, porque la semejanza, siendo una pura relacion predi-camental, carece de toda actividad. No al de causa material, porque ésta, si se habla de la próxima, lo es la voluntad; si de la remota, el alma. No al de causa formal, por lo que se ha dicho arriba, de que, para una razon formal no hay otra razon formal; fuera de que, es evidente, que el amor no es sugeto receptivo de la semejanza, ni en la substancia, ni en otra cosa distinta de el mismo amor. No al de causa final, porque el motivo y fin de el amante no es la semejanza, sino la bondad, de el objeto amado.

Vaya otro argumento generalísimo. Si la semejanza fuese causa de el amor, cuanto mayor fuese la semejanza, produciría mayor amor; porque las causas tanto son más activas, cuanto más perfectas en aquel predicado ó formalidad de donde se deriva su eficacia. Vese esto en la bondad, que porque es causa motiva de el amor, cuanto es más bueno el objeto, como le proponga tal el entendimiento, tanto mayor amor causa; luego si la semejanza fuese causa de el amor, á mayor semejanza conocida y propuesta por el entendimiento, naturalmente correspondería mayor amor en la voluntad; luego el hombre sin desórden, ántes bien conformándose á la naturaleza de las cosas, más amaría á otro hombre, que á Dios, pues es sin comparacion más semejante un hombre á otro, que Dios al hombre.

Responderáseme acaso, que el exceso de bondad, que hay de parte de Dios, compensa con grandes ventajas, ó prevalece al exceso de semejanza, que hay de parte del hombre; pero de la misma suposicion, que se hace en la respuesta infiero yo, que la mayor semejanza es totalmente inútil para influir mayor amor. La razon es, porque puesto que Dios es más bueno que el hombre, y el hombre más semejante al hombre que Dios, se sigue, que la mayor semejanza no tiene conexion alguna con la mayor bondad; luego no es influyente de mayor amor, porque sólo podría serlo en virtud de alguna conexion (como de fundamento con el fundado) con la mayor bondad; pues siendo la bondad, en buena filosofía, único motivo de el amor, sólo por conexion con la bondad puede otra cualquiera cualidad considerarse como influyente en el amor. Más. Quanto Dios excede en bondad ó perfeccion al hombre, tanto el hombre es desemejante á Dios. La razon es clara, porque la diversidad entre dos extremos crece á proporcion de la desigualdad de perfeccion, que hay entre ellos; luego siendo Dios infinitamente más perfecto que el hombre, el hombre será infinitamente ménos semejante á Dios, que á otro hombre; luego estarán en equilibrio estas dos causas de el amor, semejanza y bondad, colocada aquella en el hombre, ésta en Dios, para el efecto de motivar el amor en otro hombre; luego éste sin absurdo, y arreglándose á la naturaleza de las cosas, podrá amar tanto á otro hombre como á Dios.

La infinita diversidad, que reconocemos entre Dios y el hombre, no obsta (porque quitemos este escrúpulo á los que miran las cosas á bulto) á la semejanza, que

entre Dios y el hombre nos atestigua el sagrado texto de el Génesis: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Es así, que el hombre, por su naturaleza intelectual, es semejante á Dios, y con tal semejanza, que respecto de Dios, no la hay mayor, ni áun igual, de los ángeles abajo, en todo el universo. Con todo, hay infinita diversidad entre Dios y el hombre. Con todo, el hombre es más semejante al bruto, á la planta, á la piedra, que á Dios. La distancia ó desigualdad de perfeccion, que hay entre el hombre y la piedra es finita. La que hay entre el hombre y Dios es infinita. A esta distancia ó desigualdad de perfeccion se proporciona la diversidad. Asunto es éste, que abre campo á nada vulgares delicadezas metafísicas, y que está brotando ingeniosos problemas; verbi-gracia, ¿cómo una naturaleza vital y intelectual (la de el hombre) es más diversa de otra naturaleza vital y intelectual (la de Dios) que de una naturaleza, que carece de toda intelectualidad y vida? (la de la piedra). ¿Cómo en infinita diversidad cabe alguna semejanza? ¿Cómo, siendo infinita la distancia, que hay de el hombre á Dios, áun dista más de Dios la piedra que el hombre! *Non omnes capiunt verbum istud*. Mas porque no nos permite nuestro propósito detenernos en desenmarañar dificultades metafísicas, *qui potest capere, capiat*.

§ III.

Descendamos ya de las especulaciones filosóficas y metafísicas á las observaciones experimentales. ¿Qué muestra en nuestro propósito la experiencia? Lo mismo que la razon, esto es, que ni la semejanza tiene conexion alguna con el amor, ni la desemejanza con el odio. En todo género de amores señalarémos experimentos. Más semejante es el hombre feo á la mujer fea, que á la hermosa; con todo ama á ésta, y no á aquella. Más semejante es la mujer de ánimo flaco y débil al hombre pusilánime, que al valeroso; con todo, ama á éste y desestima á aquel. *Ferrum est, quod amat*, dice Juvenal de todas las mujeres, con ocasion de hablar de Hippias, enamoradísima de un gladiador feísimo. Más semejantes son recíprocamente los individuos de un mismo sexo, que los de sexo diferente; con todo, los de sexo diferente se aman más. Ni se me diga, que esto sólo se verifica en el amor torpe; pues es cierto, que no hablaba David respectivamente al amor torpe, cuando para encarecer la eminente amabilidad de Jonatás, dijo, que era más amable que las mujeres: *Amabilis super amorem mulierum*. Amaba extremadamente Amnon á su hermana Thamar; insultóla violentamente, y al punto empezó á aborrecerla, áun más que la habia amado ántes. Pregunto, si ántes de el insulto era Thamar semejantísima á Amnon, y mediante el insulto se hizo desemejantísima. Tan semejante se quedó como era ántes; y con todo, Amnon pasó, respecto de ella, de un grande amor á un sumo odio. ¡Cuántos cada día de enemigos se hacen amigos, de amigos enemigos, sin alterarse un punto la semejanza ó desemejanza, que hay entre ellos!

Muchos hombres han amado y aman más á tales ó tales brutos, ya en individuo, ya en especie, que á